

## Civilización y barbarie en la novela histórica mexicana del siglo XIX

### Civilization and barbarism in the Mexican historical novel of the nineteenth

Enrique Guerra Manzo

En la novela histórica del siglo XIX mexicano, a la mayor parte de los escritores la ecuación civilización-barbarie con frecuencia se les presenta como un orden social siempre amenazado por una “vaguedad bárbara” y una violencia que suele volcarse sobre unas instituciones siempre precarias, hasta bien entrado el Porfiriato. Las élites, en especial las liberales, otorgaron una gran importancia a la novela y a la educación “para infundirle alma a la nación y a los mexicanos”, así como para formar buenos ciudadanos. Parte de ese sueño se plasmó en la novela histórica bajo la forma de ciertos discursos civilizatorios hegemónicos, aunque también hubo voces discordantes en las que es importante reparar.

Palabras clave: siglo XIX mexicano, novela histórica mexicana, civilización, barbarie, violencia.

In the historical novel of the Mexican nineteenth century, most writers the equation civilization-barbarism is often presented as a social order always threatened by a “barbaric vagueness” and violence that usually overturns on institutions always precarious, until well into the porfiriato. The elites, especially the liberals, attached great importance to the novel and education “to infuse soul into the nation and Mexicans”, as well as to form good citizens. Part of that dream was embodied in the historical novel in the form of certain hegemonic civilizational discourses, although there were also discordant voices in which it is important to notice.

Key words: Mexican XIX century, Mexican historical novel, civilization, barbarism, violence.

Fecha de recepción: 6 de febrero de 2023

Fecha de dictamen: 22 de mayo de 2023

Fecha de aprobación: 30 de junio de 2023

El objetivo del presente ensayo es analizar el modo en que la diada civilización/barbarie aparece expresada en cinco novelas del siglo XIX mexicano y sus vínculos con la representación de la violencia. Nuestro argumento central es que en las obras escogidas (*Los bandidos de Río Frio*, *Calvario y Tabor*, *Astucia*, *Tomochic*, *La bola*) se ofrecen discursos civilizatorios propios de la época en los que se expresa parte de la conciencia que la sociedad tenía de sí misma, las formas en que se percibía a los malos hábitos (“costumbres perniciosas”) y al flagelo de la violencia como señales de barbarie.<sup>1</sup> En algunas de esas obras aparecen también utopías locales (basadas en soberanías sociales) que se oponían al proyecto estatal hegemónico.<sup>2</sup>

La novela tenía una gran importancia en el siglo XIX y ejercía diversas funciones: educar al pueblo, promover la integración nacional, fungir como medios de propaganda al servicio de la causa y constituían una fuente de ingresos para los escritores (Pacheco, 2020: 1308).<sup>3</sup> Primero se hace una breve síntesis de los rasgos principales que caracterizaron al siglo XIX mexicano, marcado por la inestabilidad e inseguridad. Segundo, se presenta la manera en que cada una de las novelas seleccionadas alude a las relaciones entre la tríada civilización, barbarie y violencia. Finalmente, se concluye con algunas reflexiones generales, precisando las direcciones hacia las que apunta esa tríada y algunas de sus posibles resonancias con ciertas experiencias de nuestro presente.

---

<sup>1</sup> La diada civilización/barbarie está presente tanto en intelectuales liberales como conservadores del siglo XIX, tanto en el campo de la literatura, de la política o de la historiografía. Como aduce Bahena (2019: 78-79), pese a la gran diversidad de interpretaciones, para ellos “el avance progresivo de la humanidad (a lo largo de la historia) se llevaba a cabo a partir de una relación dialéctica-conflictiva (es decir, de choques) entre la civilización y la barbarie, triunfando la primera sobre la segunda”. En esos pensadores decimonónicos se aprecia “una correlación entre la idea de progreso y la de civilización. Esto se explica si consideramos que la mayoría de los hombres que conformaron la élite de aquella época tenía como referentes los modelos de progreso y civilización de la cultura occidental europea” (en particular a Francia, Inglaterra y Estados Unidos). Véanse también Amaro (2013), Fowler (2009: 5-34) y Brading (2021).

<sup>2</sup> Para los conceptos de soberanía estatal y soberanía societal, véase Migdal (2012).

<sup>3</sup> Como se percató en su momento Ignacio Manuel Altamirano, era urgente construir una literatura que reivindicase a la nación “de la acusación de barbarie con que han pretendido infamarla los escritores franceses, que en su rabioso despecho quieren deturpar al noble pueblo a quien no pudieron vencer los ejércitos de su nación” (citado en Viveros, 2017: 123). No obstante, como observa Hamnett (2010: 29), “a pesar de la identificación que Altamirano hizo de literatura nacional con el liberalismo triunfante, el costumbrismo, en sus diversas manifestaciones en Hispanoamérica, trascendió las barreras ideológicas: tanto liberales como conservadores expresaron sus ideas a través de este medio”.

Civilización y barbarie son dos conceptos estrechamente vinculados que no se pueden pensar por separado.<sup>4</sup> La barbarie sirve como un espejo de la civilización, ésta se define como lo contrario de la barbarie. Aquí sus conexiones se entenderán en dos sentidos que se implican mutuamente. El primero tiene que ver con la necesidad de “crear un estándar” para diferenciar a los que se dicen civilizados (el nosotros) de los bárbaros (ellos): para los franceses del siglo XVIII “el estándar de la civilización era la ciudad, y lo que estaba fuera de la ciudad era bárbaro; para los antiguos habitantes griegos, Grecia era el símbolo de la civilización, y lo no-griego representaba la barbarie” (Chen, 2017: 1). Es una díada que siempre implica estigmatización (violencia simbólica) para denigrar al otro como no civilizado y que remite también a una balanza de poder entre culturas desiguales y diferentes. Sin embargo, Elias (2000) señala que también se puede usar de manera subalterna o contrahegemónica para contraestigmatizar al que se dice civilizado y etiquetarlo como bárbaro (que oprime y violenta injustificadamente). El segundo sentido tiene que ver con el aprendizaje de ciertas formas de autocontrol y el establecimiento de controles heterónomos, que distinguen a los seres humanos del reino animal: a partir de un proceso civilizatorio, que nos coacciona (violenta), aprendemos desde niños a regular nuestros impulsos innatos de acuerdo con la cultura y la sociedad a la que pertenecemos (pues todos llevamos dentro un bárbaro, al que deben imponerse controles disciplinarios para poder vivir en comunidad). Quienes no son capaces de ello incurren en barbarie: suelen ser presas de sus pasiones e impulsos (acercándose a la animalidad o al salvajismo). Este segundo sentido es el que está omnipresente en los trabajos de Freud (2021). Considero que ambos sentidos de la díada civilización/barbarie se entrelazan estrechamente en la sociología figuracionista de Norbert Elias (2000): el primero como relación nosotros/ellos y el segundo como un proceso civilizatorio que combina controles heterónomos y autónomos. En las cinco novelas históricas que aquí se analizan aparecen mezclados ambos, aunque impera más el primero (la relación nosotros/ellos). Pero cuando aluden al tema de la moral o de las buenas costumbres (frente a los malos *habitus*) se hace presente también el segundo.

Empero, para Elias (1994 y 1999) el curso de la civilización es siempre un hecho potencial con peligro de colapso. Los controles civilizatorios nunca dejan de ser una capa delgada. Por ello, enfatiza que veamos no sólo el proceso civilizatorio en que está inmersa una sociedad sino también los posibles procesos decivilizatorios (tendencias a la barbarie). Ambas fuerzas están siempre presionando al tejido social. La violencia está

---

<sup>4</sup> Para la genealogía de esa díada desde el mundo griego al moderno, véase Offe (2007).

presente en los dos procesos, pero de modo diferente.<sup>5</sup> A medida que gana terreno el proceso civilizatorio aparece una creciente tendencia a la centralización (monopolización) de la violencia y del poder (ello puede posibilitar la consolidación de Estados fuertes y gradual pacificación del tejido social). En cambio, los procesos de barbarización empujan hacia una descentralización de la violencia, erosión de las normas de convivencia y fragmentación del tejido social. De esta manera, tanto del lado de los procesos civilizatorios como de los de barbarización nunca desaparece la posible irrupción de la violencia, aunque su probabilidad es mayor en los segundos.<sup>6</sup>

## EL SIGLO XIX

En la Colonia el orden predominó sobre el desorden. Los casos de bandidaje eran pocos y de pega y corre. En la mayor parte del siglo XIX no fue así. A partir de 1821 empezó el enfrentamiento armado entre los que querían el poder. De 1821 a 1875 hubo más de 800 revueltas (Guerrero, 1901: 119-122 y 211-214) y más de 1 500 pronunciamientos.<sup>7</sup> En ese lapso, aparecieron ejércitos depredadores, invasiones extranjeras, bandidaje, levantamientos campesinos, guerra de castas. Todo ello se combinó para mantener en agitación al país y a un Estado muy debilitado (Vandewood, 1986: 52-55; Falcón, 2002: 118-119; Guerra, 1991). Los generales medraban y se hacían ricos en los periodos de

---

<sup>5</sup> Desde otro enfoque, Sofsky (2004) también destaca la tensión entre las aspiraciones de paz y orden de una sociedad que se dice civilizada y la presencia persistente de la violencia. Considera que la civilización, que a menudo se asocia con progreso y el avance humano, puede dar lugar a ciclos de violencia y de represión. Para él, la violencia no es únicamente resultado de amenazas externas o patologías individuales, sino que también puede surgir de tensiones y contradicciones internas dentro de la propia sociedad que se dice civilizada.

<sup>6</sup> Por tanto, los procesos de barbarización o decivilizatorios deben entenderse como un incremento de la violencia en el trato entre las personas y una creciente inestabilidad de las instituciones encargadas de encauzar la convivencia pacífica y el bienestar social (Elias, 1999: 208-209).

<sup>7</sup> Fowler (2009: 5) señala que “tras la guerra de Independencia (1810-1821) estallaron más de 1 500 pronunciamientos entre el Plan de Iguala de 1821 y el Plan de Tuxtepec de 1876. En varios casos degeneraron en enfrentamientos de una violencia atroz como el saqueo del Parián en la ciudad de México de 1828. En otros resultaron en guerras civiles brutales (1832, 1854-1855, 1858-1860)”. Muchas de esas rebeliones dejaron una honda huella en la memoria colectiva de los pueblos y las regiones (Hamnett, 2010: 32).

disturbios y así mantenían vivo el bandidaje para justificar sus campañas (Guerra, 1991; Escalante, 1993; Falcón, 2002; Knight, 2014; Hamnett, 2010).<sup>8</sup>

Ante la inestabilidad que amenazaba con desintegrar al país, las élites, a pesar de sus divisiones, se esforzaron por homogeneizar el tejido social como prerrequisito para forjar una verdadera nación y sacar adelante sus ideas civilizatorias. En esa tarea, consideraban imprescindible “salvar al indio de su condición oprobiosa y de su cultura salvaje”. Sin ello sería difícil modernizar la economía y estimular el progreso (Falcón, 2002; Barabas, 2010).

Sin embargo, en no pocas ocasiones hubo una fuerte resistencia de pueblos, comunidades o regiones enteras que se sentían agraviadas y excluidas con los proyectos modernizadores de las élites. Por ejemplo, después de las Leyes de Reforma, funcionarios, legisladores y jueces con frecuencia se vieron obligados a otorgar amparos y mediar en los conflictos, desautorizando atropellos y abusos a raíz de las acciones de las compañías deslindadoras, o por obras del ferrocarril, cobros de impuestos, cuestiones religiosas u otros asuntos (Guerra, 1991; Falcón, 2002; Florescano, 1997; Galeana, 2022). Además, desde la segunda mitad del siglo la guerra de castas, que azotó sobre todo a la península de Yucatán, no dejó de generar un fuerte temor en las élites.<sup>9</sup> En toda la república se desató el pavor ante las insurrecciones de indios que se argüía “podría borrar a la civilización” (Guerra, 1991; Florescano, 1997; Escalante, 1993; Falcón, 2002).

Hasta antes del triunfo de la República Restaurada, el Estado se caracterizó por un fuerte vacío de poder creado por su marcada debilidad e incapacidad de imponer su soberanía en todo el territorio nacional. Ello dio lugar a la proliferación de caciques y caudillos, en especial en las regiones más apartadas. Mientras los gobiernos nacionales cambiaban incesantemente, caciques y caudillos mantuvieron un poder efectivo con el cual garantizaron cierta estabilidad a sus respectivas clientelas (ya fueran adinerados locales, pueblos o comunidades).<sup>10</sup> A partir de la República se dieron pasos importantes para promover la integración política, militar, económica y cultural de la nación (Guerra, 1991; Florescano, 1997; Escalante, 1993; Falcón, 2002; Fowler, 2009; Brading, 2021).

En todo el siglo XIX no dejaron de implantarse políticas de asimilación y de exterminio de manera simultánea. Ocurrieron “guerras de civilización” devastadoras

---

<sup>8</sup> “El Estado mexicano no pudo deshacerse del bandidaje porque no tenía los recursos humanos ni financieros para hacerlo” (Hamnett, 2010: 27).

<sup>9</sup> Para una excelente obra sobre la guerra de castas en la península de Yucatán, véase Reed (2010), y quizá la mejor novela sobre el tema sea de Lara (2008).

<sup>10</sup> Parte de ello se expresa en las novelas *Tomochic*, *Astucia* o *La bola*.

tanto al norte del país como al sur. Al norte, las colonias militares fueron su punta de lanza y minaron la capacidad de sobrevivencia de tribus errantes (como la de los apaches). Al sur se sometió con brutalidad a las comunidades indígenas, ya sea por medio de la represión y/o por medio de tácticas divisorias que acabaron con su rebeldía.<sup>11</sup>

Como podrá apreciarse en las novelas que a continuación serán referidas, parte de esos discursos y “guerras civilizatorias”, con la consiguiente barbarie y ciclos de violencia que los acompañaron, fueron expresados en las mismas.<sup>12</sup>

### LAS NOVELAS DEL SIGLO XIX MEXICANO

Aunque todas las novelas elegidas aquí fueron escritas en la segunda mitad del XIX, se refieren a diferentes momentos de la centuria. El criterio para seleccionarlás fue no sólo la importancia de las mismas, su grado de trascendencia, sino también que en ellas aparecieran los temas de civilización, barbarie y violencia con la mayor amplitud posible.<sup>13</sup> No se pretende reflexionar sobre sus dimensiones estéticas<sup>14</sup> sino en tanto se

---

<sup>11</sup> Sobre las guerras contra los apaches en el siglo XIX, véanse García y González (2000), Almada y De León (2016) y Florescano (1997). Las élites de la península yucateca buscaron sin éxito la ayuda de la federación, pues argumentaban que ellos también tenían “indios salvajes en guerra” como en el norte del país. Pedían el establecimiento de colonias militares. Pero la federación negó su apoyo y así castigó los intentos separatistas de las élites yucatecas (Falcón, 2002; Reed, 1971; Lara, 2008). En Chiapas, al igual que en Yucatán, la guerra de castas de los chamulas de 1869 y 1870 fue bautizada por las élites como “una guerra contra la civilización” (Rus, 1995; Florescano, 1997; Falcón, 2002).

<sup>12</sup> Problemas que en ese tormentoso siglo no dejaron de afectar la vida de la mayoría de las personas, sobre todo en el campo. Como ha visto Staples (2013: 120-121): “Sobrevivir en el siglo XIX significaba haberse librado de las enfermedades de la niñez, las epidemias que rondaban siempre y las peores consecuencias de la pobreza. Tanto hombres como mujeres resintieron las guerras de Independencia, de Texas, de los pasteles, de la invasión norteamericana, de la intervención francesa, más innumerables pronunciamientos [...] Las guerras significaban la pérdida del patrimonio, el rompimiento de los lazos sociales, el encono de unos contra otros”.

<sup>13</sup> Por falta de espacio se dejó fuera *El Zarco*, de Altamirano, que expresa con maestría a la figura del bandido antisocial, pero considero que ella está bien recogida en la obra de Payno.

<sup>14</sup> La mayor parte de las novelas del siglo XIX mexicano referidas se crean mezclando varios estilos o planos, con diferente intensidad (romanticismo, realismo, naturalismo o costumbrismo), que suelen usar los escritores indistintamente según su conveniencia para las situaciones o personajes que refieren. Véanse Monsiváis (2014; 2016), Pacheco (2020), Sol (2011), Salmones (2018), Domínguez (2019; 2015) y Hamnett (2010).

ficcionaliza (espejea) sobre los temas de nuestro interés, en tanto novelas históricas<sup>15</sup> que aluden a momentos o situaciones de una sociedad (que seguramente tuvieron lugar en términos reales, aunque hayan ocurrido de otro modo al que nos narra el escritor). *Río Frío* y *Calvario y Tabor* son dos expresiones novelescas del discurso civilizatorio de las élites hegemónicas, centrado en el mestizaje y que ve en los países más desarrollados de Occidente el camino a seguir para acabar con la barbarie y el “legado oscuro” que dejó la Colonia.<sup>16</sup> *Astucia y Tomochic* son, por el contrario, dos modelos de discursos civilizatorios contrahegemónicos con bases regionales diferentes (uno anclado al centro del país y otro al norte). Por su parte, *La bola* ofrece una aguda cavilación y representación tanto de la violencia inherente a la barbarie, acentuada por los obstáculos decimonónicos para lograr una mayor integración del país, como de la violencia propia de la civilización, que el Porfiriato busca acelerar. Por ello, las cinco novelas históricas serán analizadas en el orden anteriormente referido.

#### **Río Frío: LA NOVELA MAYOR DEL BANDOLERISMO**

La novela *Río Frío*, de Manuel Payno (1891), retrata a la sociedad mexicana de las décadas de 1830 y 1840.<sup>17</sup> Desde el prólogo, Payno explícita la diada civilización-barbarie que está detrás de su obra: advierte que “este ensayo de novela naturalista” dará a conocer cómo durante “años y años” dominan a una sociedad “costumbres y prácticas nocivas [bandolerismo, corrupción, inmoralidades, violencia...], y con cuánto trabajo se va saliendo de esa especie de barbarie que todos toleran y a la que se acostumbran los individuos a quienes daña”. Y remata: “la civilización, de que todavía está distante el mundo todo, es una especie de luz difícil de penetrar y de alumbrar bien los ojos que

---

<sup>15</sup> Aquí se entiende por ello toda novela en la que siempre se dan cita dos dimensiones, mezcladas en diferentes grados: una “dimensión histórica” (que evoca en la mente del lector una realidad pretérita no sólo respecto a la de su existencia, sino también respecto a aquella en la que su autor vive o vivió), expresada en personajes, hechos o atmosferas; y una “dimensión simbólica de lo narrado”, la ficción, o como diría Jorge Luis Borges, “lo simbólicamente verdadero” (citado en Pons, 1999: 157). Véase también Godoy (2012: 38-39).

<sup>16</sup> Al respecto, véanse Amaro (2013), Fowler (2009: 5-34) y Brading (2021).

<sup>17</sup> Para un análisis minucioso de esa novela y sobre el modo en que se vincula con la realidad de la primera mitad del siglo XIX, véanse Vanderwood (1994) y Hamnett (2010).

parecen tapados, por siglos enteros, con una venda negra y espesa [que nos heredó la Colonia]”, (Payno, 1891: 20-23, corchetes míos).

El propósito de su novela es muy obvio: alabar a la civilización a partir de la crítica de la barbarie. Considera que mediante la detallada descripción de la vida bárbara, primitiva y atrasada, en gran parte heredada de la Colonia, quizá podamos quitarnos la venda que nos impide valorar a la civilización que buscan imponer las élites liberales, tarea imprescindible y urgente.

La novela tiene por centro al bandidaje de las décadas de 1830 y 1840 en diferentes escalas, tal y como es percibido desde la Ciudad de México. En Río Frío y poblados aledaños su figura principal es Evaristo, quien fue reclutado por Relumbrón. No “pasaba semana sin que en un punto u otro del camino de México a Veracruz fuesen robadas las diligencias” por las cuadrillas de Evaristo (Payno, 1891: 11616). A nivel de las más altas esferas de la escala social, en la Ciudad de México destaca la figura de Relumbrón (en la que el autor retrata a un personaje real, el coronel Yáñez, con redes de complicidades que llegaban hasta palacio nacional y que eran esenciales para sus fechorías).<sup>18</sup> Relumbrón y sus redes delincuenciales, que penetran tanto al gobierno como a la sociedad, es lo que más se acerca a lo que hoy conocemos como crimen organizado.<sup>19</sup> Esa es la clase de empresa que organiza Relumbrón, alto personaje del ejército y jefe de escoltas del presidente Santa Anna. Relumbrón y sus secuaces, además de operar en la región de Río Frío, robaban en las grandes ferias comerciales del país (como la de San Juan de los Lagos en Jalisco), en casinos, casas de los nobles... El codearse con las élites permitía a Relumbrón tener acceso a información privilegiada que utilizaba para planear sus robos (Payno, 1891: 21723-21726). La novela precisa el *modus operandi* de los bandidos urbanos y rurales (tras cada golpe, se dispersaban y refugiaban en poblados aledaños a sus fechorías), las capas sociales en las que se reclutaban y la forma en que no dejaban de lacerar a la sociedad (en los bienes, seguridad y vida de las personas).<sup>20</sup>

---

<sup>18</sup> “[...] un coronel Yáñez, ayudante del general Santa Anna, presidente de la República, era el jefe de una asociación, que tenía cogidas como en una red a la mayor parte de las familias de México. El aguador, la cocinera, el cochero, el portero, todos eran espías, cómplices y ladrones y, por más seguridades que se tomaran y los mejores papeles de conocimiento que se exigieran, nunca se llegaba a saber si se tenían sirvientes honrados o pertenecían a la banda de Yáñez” (Payno, 1891: 26727).

<sup>19</sup> Sobre el concepto de crimen organizado, véase Varese (2010).

<sup>20</sup> “[...] los rancheros sin colocación en las haciendas del Estado de México, y los vagos y viciosos de los pueblos de la comarca, habían hecho su madriguera en Tepetlaxtloc [poblado del Estado de México, cercano a Río Frío], donde tenían acobardados a los vecinos honrados, y venían de cuando



A Payno (1891: 16337) no se le escapa ofrecer valiosa información de las frecuentes tropelías de contingentes del ejército sobre la población (leva, saqueos...) y territorios por los que cruzaban en sus operaciones. La novela recrea también el modo en que se desarrollaba toda una fiesta pública en torno al patíbulo (gradas, antojitos, el gozo con la sangre, el tormento y el castigo).<sup>21</sup> Se ofrece un pormenorizado relato del modo en que la sociedad percibía la buena moralidad (en el vestir, con quién casarse...) y los malos *habitus*.<sup>22</sup> Aspectos que revelan que todavía se sentía el aroma del orden colonial (basado en las castas, el prestigio que daba ser militar, funcionario público, eclesiástico...).<sup>23</sup>

### CALVARIO Y TABOR: LA LLAMA DEL PATRIOTISMO Y DE LA SOBERANÍA ESTATAL

La gran novela que brinda loas al patriotismo liberal del siglo XIX es *Calvario y Tabor*, escrita en 1868 por Vicente Riva Palacio; en ella se enaltece la violencia sagrada en defensa de la soberanía nacional y se condena la violencia bárbara del invasor y sus aliados. Se relata el calvario por el que tuvo que pasar el país para alcanzar el tabor (elevación a la gloria del triunfo) de la autonomía. Pero la obra también ofrece abundantes imágenes de lo salvaje, lo bárbaro y lo civilizado. Hay exaltación del pueblo bajo que ofreció su sangre y apoyo a la nación, aspecto que no deja de contrastar con la indiferencia con que la población respondió a la invasión estadounidense en la década de 1840.<sup>24</sup> Es una narrativa que enlaza memoria popular y liberalismo. Describe pasajes donde muestra escenas de lo salvaje (la naturaleza indómita)<sup>25</sup> y de barbarie (las

---

en cuando a reforzar la cuadrilla de Evaristo, que les pagaba un par de pesos diarios, y les convidaba un poquito de lo que producía el robo” (Payno, 1891: 12590-12595).

<sup>21</sup> “En el tiempo a que se refieren estos acontecimientos, el día que había ahorcado era festividad nacional, al menos en ciertos barrios de la ciudad [de México]” (Payno, 1891: 26232-26237). Véase también Riva Palacio *et al.* (1905).

<sup>22</sup> El concepto de *habitus*, en el sentido que lo define Pierre Bourdieu, debe entenderse como un conjunto de relaciones históricas “depositadas” dentro de los cuerpos de los individuos (agentes), bajo la forma de esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación y acción. Al respecto, véase Bourdieu y Wacquant (2008: 41-42).

<sup>23</sup> Sobre los rasgos principales del orden colonial, véase Rubial (2020).

<sup>24</sup> Al respecto, véanse Galeana (2022), Guerra (1991), Hamnet (2010) y Fowler (2009).

<sup>25</sup> “La noche tiene en los bosques ruidos y armonías misteriosas y desconocidas [...] Fieras que salen de sus guaridas a buscar su presa o a calmar su sed. La noche en un bosque tiene algo que revela los primeros días del mundo” (Riva Palacio, 2011: 168).

masacres de los invasores, el caos de la Ciudad de México en el sitio que impusieron los liberales en la víspera de su triunfo), pero también de la alta civilización que muestra el trazo y los *habitus* de los ciudadanos, que las provincias se esfuerzan por emular.<sup>26</sup> Tocará a Riva Palacio ser el primer autor en defender de manera abierta la tesis del mestizaje como eje de nuestra identidad, sobre todo en la obra *México a través de los siglos* (1884-1889), pero creo que su novela no deja de reivindicar ese aspecto (por ejemplo, la exaltación del pueblo mestizo o la figura de Nicolás Romero). Para Riva Palacio, gracias a la Conquista, a pesar del catolicismo, México pudo enlazarse al torrente de la civilización occidental. Argumentos que luego retomará Justo Sierra, Andrés Molina Enríquez y el régimen que emergió de la Revolución de 1910 (Brading, 2021).

La trama de *Calvario y Tabor* transcurre ante todo en San Luis (Guerrero), Zitácuaro (Michoacán) y la Ciudad de México, lugares en los que más participó Riva Palacio en su lucha contra la invasión francesa y los conservadores. La novela se ocupa de un breve y decisivo periodo: enero de 1865 a junio de 1867. El pueblo mexicano es su personaje principal: “aquellos hombres [como Nicolás Romero], michoacanos o no, que lucharon contra las tropas extranjeras y de la reacción” (Riva Palacio, 2011: 149).

*Calvario y Tabor* enaltece así a cada uno de los pequeños héroes de la novela. Refiriéndose a la columna militar bajo su mando en Michoacán, Riva Palacio destaca su tenaz resistencia guerrillera, entrega a la causa y su fe en el triunfo como principales recursos que la mantenían en pie de lucha: “como si fuera un solo hombre y como si este hombre fuera de hierro, aquella pequeña columna expedicionaria avanzaba, retrocedía, atacaba, se defendía, se ocultaba, volvía a aparecer; y siempre en actividad, y siempre llena de fe, y siempre poniendo en alarma, vencedora o vencida, a fuerzas superiores a ella”. Fueron esa actividad, audacia y “fe en la salvación” de aquellos restos del ejército republicano, lo que marcó a todas las milicias juaristas desplegadas en diversas partes del país. “México agonizaba [...] Pero no murió, porque los hombres

---

<sup>26</sup> En *Calvario y Tabor*, la Ciudad de México se debate entre la barbarie generada por la guerra y la civilización. Zubiaurre (2000: 13) observa que la urbe “representa el orden y la domesticación de la naturaleza, pero también el movimiento caótico de las muchedumbres, el triunfo del materialismo y el avance de la modernidad”. Salmones (2018: 10) agrega: “En *Calvario y Tabor*, la capital se nos presenta cuadrante a cuadrante trazada por el orden (lo que le sirve al autor para ubicar al lector que no conoce la capital) y es el único lugar que se mantiene al margen de la lucha armada: la gente pasea por la Alameda mientras el ruido de los cañones llega desde la periferia; sin embargo, una vez que se decreta el sitio, la escasez de alimentos y la amenaza de la guerra obligan a los habitantes a abandonar la ciudad, que se convierte en un territorio inseguro y propicio para los actos de barbarie (saqueo, incendios y prisiones)”.

que sostenían el pabellón de la Independencia habían dicho como aquel semidiós de Homero: ‘Me salvaré, a pesar de los dioses’” (Riva Palacio, 2011: 280).

La novela finaliza dando cuenta del caos, hambre, saqueos, violencia y barbarie que se cierne sobre la Ciudad de México sitiada por tropas liberales en 1867. A medida que se acerca el triunfo liberal, los personajes que encarnan el mal y las bajas pasiones obran de manera más abierta y atrevida, y sin ningún rubor público se unen a los conservadores.<sup>27</sup>

#### ASTUCIA: BANDOLERISMO SOCIAL Y SOBERANÍAS NO ESTATALES

En su novela *Astucia. El jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la Rama* (escrita en 1865, en plena lucha entre franceses y liberales), Luis Gonzaga Inclán ofrece a escala local un modelo de civilización diferente al de la obra de Payno y de Riva Palacio, estrechamente ligado a la sociedad ranchera calentana del Valle de Quencio, al oriente de Michoacán. A pesar de las prohibiciones oficiales del gobierno federal, el contrabando del tabaco estaba lejos de desaparecer en esa porción michoacana y fue la base sobre la que se erigió una forma de bandolerismo social (fenómeno ya también presente en la obra de Payno, pero opacado por el bandido profesional, representado muy bien por Evaristo y Relumbrón), mismo que proyectó una forma de soberanía societal que chocaba con la del Estado.<sup>28</sup> Los charros contrabandistas de la Rama, que se reúnen en torno a su líder Lorenzo Cabello (alias Astucia), son rancheros cultivadores

---

<sup>27</sup> “Don Celso [el principal personaje que encarna el mal en la novela] se había desenmascarado completamente [...] Acabada toda hipocresía, todo disimulo, él personalmente aprehendía a todos los sospechosos, capitaneaba la plebe para asaltar las casas [...] Y cuanto más disimulada y engañosa había sido al principio su conducta, tanto más cínica y repugnante se presentaba después” (Riva Palacio, 2011: 673).

<sup>28</sup> Domínguez (2019: 200-201) acierta al señalar que “Inclán es el Thoreau mexicano, creyente en una economía autosustentable y en una vida retirada, sin Estado. Naturalmente, cuando los charros de la Hoja se topan con verdaderos criminales, asaltantes de caminos, los cuelgan sin miramientos, ganándose el aprecio del resto de los rústicos, a quienes representan con orgullo y humildad”. Pero se equivoca al sostener que “el de Astucia es un universo rural hermético donde ocurren hazañas menudas que nunca se transforman en conflictos sociales” y que Astucia “es ajeno al crimen o al llamado bandidaje social”. Por el contrario, todas sus actividades lo sitúan en lo que Hobsbawm (2001) ha definido como bandido social (en el que imperan vínculos de solidaridad con el pueblo o región en la que se mueve). Para el concepto de bandido profesional o antisocial (caracterizado por su dimensión egoísta y expoliadora del pueblo), véase Knight (1996).

de tabaco que pretenden venderlo en paz para asegurar las oportunidades vitales de los suyos y de una población que los apoya, en una época en que la economía estaba fuertemente trastornada por el caos que se vivía en México y donde las oportunidades para ganarse la vida escaseaban.

En *Astucia* la violencia y la evasión de la ley aparecen como medios sagrados y legítimos de defender cierta idea de orden social (o de civilización) de algunas regiones desamparadas por una autoridad estatal muy debilitada, incapaz de hacerse del monopolio de la violencia.<sup>29</sup> En la novela se plasman así diversas utopías: la del bandido social extraído de una sociedad ranchera (en oposición al bandidaje antisocial); creación de un Estado paralelo a escala local en oposición al federal, que brinde una mejor justicia y seguridad; idealización de la vida en el campo en contraste con los vicios provenientes de la ciudad; énfasis en las virtudes morales de las clases rurales; y el planteamiento de un modelo de nacionalidad basado en una sociedad ranchera, amante de la charrería (*cf.* Torres, 2010; Domínguez, 2015; Hamnet, 2010; Domínguez, 2019; Sol, 2011). En la novela se quiere expresar que la verdadera civilización es la que brota de una sociedad ranchera sustentada en el respeto a sus tradicionales códigos de honor.<sup>30</sup>

*Astucia* es también una de las expresiones más claras de la emergencia de bandidos sociales benefactores de una región michoacana.<sup>31</sup> Da cuenta del modo en que se suscitaban mercados ilegales en ciertos territorios y de la lógica con que operaban (vastas redes sociales aceitadas por el patronazgo y la confianza mutua que brinda un fuerte sentido del honor).<sup>32</sup> En un marco de una convulsionada sociedad, emergen así

---

<sup>29</sup> Uno de los protagonistas de la banda de *Astucia* expresa: “primero morir que dejarnos despojar; mil veces nuestra tenaz resistencia nos ha dado el triunfo abriéndonos camino con la punta de la lanza” (Inclán, 1865: 1871).

<sup>30</sup> El honor era fundamental en el negocio del tráfico del tabaco y en los nexos de la banda con la población, ya que en sus transacciones “no exigían fianzas, conocimientos, ni ninguna garantía, todos sus tratos eran a la palabra, y sus marchantes les cumplían religiosamente; los trataban muy bien, siempre eran bien recibidos, los vigilaban con eficacia e infundiendo terror a los bandidos [profesionales] y miedo al resguardo, se dieron a querer con todo el mundo, y seguían impávidos en su arriesgado comercio” (Inclán, 1865: 5024).

<sup>31</sup> Los contrabandistas mantenían relaciones de patronazgo y reciprocidad en las regiones en las que operaban (una diferencia esencial con la actitud predatoria de los bandidos profesionales o antisociales). Eso les daba prestigio y protección, a la vez que tenían el poder de las armas. Pero imperaba más la dimensión filantrópica que la expoliadora o la coercitiva. Algo que contrasta sobremanera con el crimen organizado de hoy.

<sup>32</sup> En mi opinión, algunos de esos experimentos locales se han sedimentado con el tiempo como parte de una memoria histórica del manejo de mercados ilegales y del uso de la violencia, que a lo

algunas expresiones de soberanía popular en el Valle de Quencio como un modo de brindar protección a la población e imponer cierto orden local contra varios peligros que solían venir de fuera (tropas rapaces, grupos de “pronunciados”,<sup>33</sup> o de bandidos).

Así, Inclán, quien vivió mucho tiempo como ranchero en el Valle de Quencio, en *Astucia* enfatizó un modelo civilizatorio campirano, que mucho rescataba de las costumbres del pasado colonial, y la construcción de una soberanía social antiestatal, que no renunciaba al uso de la violencia y el contrabando. A la vez que se desentendía del caos y barbarie que vivía el país.<sup>34</sup>

### LA BARBARIE DE TOMOCHIC

La novela *Tomochic*, de Heriberto Frías, publicada en 1894, brinda un crudo relato de un pequeño pueblo serrano chihuahuense, con un alto grado de aislamiento, lejos de las fuerzas de la civilización hegemónica, que defiende con fiereza su autonomía de *frontier* frente a un Estado al que se le percibe como mero recaudador de impuestos, y que lejos

---

largo de los siguientes siglos no ha dejado de penetrar el tejido social en la región calentana michoacana. Un cura (el padre López), que entrevisté en un pueblo michoacano de Tierra Caliente, me dijo que antes del auge de la marihuana en toda la región se contrabandeaba el tabaco. Es decir, en la zona hay una tradición de economías ilícitas en torno a las cuales se ha desarrollado por largo tiempo un orden social que se despliega más allá del ámbito legal, pero a la vez articulado con éste. Así que se puede pensar en ciertas continuidades y discontinuidades entre los mercados ilegales del pasado y del presente, que suelen florecer ante un Estado con mucha porosidad e incapaz de afianzar su hegemonía en ciertas regiones o intersticios sociales. En ese sentido la novela de Inclán es muy reveladora: ilustra etnográficamente los vínculos entre bandolerismo social y mercados ilícitos en el siglo XIX.

<sup>33</sup> Uno de los contrabandistas refiere: “En esa época maldecida las convulsiones políticas tomaron más incremento, formando parte de una punta de pillos, que improvisando sus guerrillas robaban a mansalva poblaciones enteras” (Inclán, 1865: 10536-10543).

<sup>34</sup> Como señala Hamnett (2010: 25-26): “la visión que Inclán tiene de los contrabandistas como una sociedad alternativa le permite retratar el gobierno de Astucia como la experiencia del paraíso para los grupos de clase baja que él controla. Su ley es más efectiva y más justa que la del Estado nacional y difícilmente necesita ejercer la fuerza a pesar de que cuando era coronel de seguridad pública en el Valle de Quencio (Michoacán), tenía seiscientos hombres bajo sus órdenes [... Inclán] alega a favor de un orden social alternativo, basado en la cultura local del pueblo y del rancho [... La novela debe ser vista] como una reacción contra la nación y el proceso de construcción estatal de políticos, abogados y empresarios de mediados del siglo XIX”. Es decir, se trata de un modelo civilizatorio contrahegemónico al que querían imponer las élites.

de hacer algo por la mejora de su gente no deja de agraviarla. A partir del despliegue de una gran belicosidad (mostrada en dos derrotas a tropas del ejército que habían sido enviadas a combatirlo), apego a sus propias normas comunitarias y un fuerte fanatismo religioso como bases de la unidad del pueblo, Tomochic ofrece una tenaz resistencia a un Estado porfirista que se empeña en aplastarlo con todo su poder, en nombre de una “civilización” que se quiere imponer bajo el lema de “paz y progreso”.<sup>35</sup>

La utopía de los habitantes de Tomochic es defender su relativa autonomía política, no pagar impuestos y lograr un mejor bienestar manejando sus propios asuntos, incluyendo el de la fe (contra una iglesia que sentían lejana).<sup>36</sup>

A partir de una tercera batalla muy sangrienta, que terminará en lo que hoy podríamos llamar crímenes de lesa humanidad, prácticamente se extermina al pueblo. El régimen porfirista decide enviar a un contingente militar de más de un millar de soldados contra un pequeño pueblo de alrededor de 200 habitantes, que bajo el grito de “Dios contra Lucifer” resisten por nueve días el sitio que se les impone, acompañado de un incesante cañoneo y fuego de balas desde las montañas que rodean a Tomochic. De ese modo, con fuerzas muy desiguales se enfrentan dos discursos civilizatorios y dos formas de soberanía (una comunitaria y otra estatal) en las que ambos bandos se acusan de barbarie. El obvio triunfo fue para el Estado, aunque sus tropas tuvieron cientos de bajas. Empero, el ejemplo de la tenaz resistencia de Tomochic pronto circuló por los pueblos serranos del norte del país y en la revolución de 1910 se convirtió en uno los repertorios simbólicos que animó a varios grupos rebeldes, en especial a los villistas.<sup>37</sup>

*Tomochic* es la crónica escrita por un testigo presencial que en el libro se hace llamar Miguel Mercado, “joven subteniente del Noveno Batallón”, *alter ego* del autor, quien

---

<sup>35</sup> Antes de su enfrentamiento final con el ejército, Cruz Chávez, el líder de Tomochic, arengaba a su gente con las siguientes palabras: “Hermanos, hijos de Jesucristo y de Nuestra Santa Madre María, prepárense mañana confiados siempre en el gran poder de Dios, a destruir y mandar a los infiernos a los impíos hijos de Lucifer que quieren gobernarnos con sus leyes y quitarnos nuestra libertad! Nos tratan como a bestias; nos quitan nuestros santos: nos quitan el dinero y el gobierno nos manda soldados que nos maten... ¡Pero nosotros peleamos por el Reino de Dios!... María Santísima nos ayudará!” (Frías, 2014: 1062).

<sup>36</sup> Refiriéndose a los habitantes de Tomochic un capitán del ejército federal expresa: “son terribles, compañero, conocen su carabina Winchester, a las mil maravillas, han sostenido desde niños un eterno combate contra los apaches y los bandidos; pueden correr vendados por la sierra sin dar un mal paso; pero son excesivamente ignorantes y altaneros” (Frías, 2014: 85).

<sup>37</sup> Mucho de ello puede apreciarse en los relatos de la novela *Cartucho* (Campobello, 2013). También véanse Knight (1996) y Katz (1998).

participó en la represión. Frías dedica la última parte de su relato a referir el modo en que termina la campaña de Tomochic:

Era una tarde de una tristeza infinita. Bien pronto una lluvia lenta y menuda descendió sobre el valle desierto y melancólico [...] Por entre las rotas techumbres de la iglesia surgían enormes humaredas que iban a confundirse con las nubes. Era un cuadro de inmensa desolación. En el camino, Miguel había encontrado cadáveres abandonados sobre el campo en completo estado de putrefacción y tan despedazados por los puercos y hechos girones los trajes, que era imposible reconocer a primera vista a qué bando pertenecían.

Secciones de soldados con camillas improvisadas llegaron a la casa que ardía; a barretazos se echó abajo la puerta; algunos pimas [que venían de guías con el ejército] penetraron al interior de aquel horno, apareciendo después, negros de humo y cenizas cargando los heridos tomoches como fardos de carne humana, semipalpitante aún; fardos sangrientos y calcinados que surgían silenciosos, de un ambiente de infierno [...] Ninguno pudo ir por su pie, pues si había cuatro o cinco que no estaban heridos, estaban tan débiles por el hambre y la sed, que se desvanecían cayendo en tierra. El general, que se negó a presenciar tan espantoso espectáculo, envió al doctor Arellano (Frías, 2014: 1979-2067).

A Frías tampoco se le escapa reflexionar sobre los agravios del pueblo de Tomochic y el enorme malestar que significaba que un pequeño poblado haya sido víctima de tan atroz represión por parte de las autoridades.<sup>38</sup>

De esta manera, tanto *Tomochic* como *Astucia* son una clara expresión de soberanías sociales que desafían al Estado y también de dos modelos locales de estándar civilizatorio diferente al que pretendían implantar las élites a escala nacional. A los

---

<sup>38</sup> “Miguel, estremecido, se apartó del círculo de oficiales, y paseándose, meditó silenciosamente en el enorme desastre de aquella tragedia colosal, desarrollada en un hueco de la Sierra Madre en medio de una República... en plena paz. ¿Quién podría nunca sospechar en lo de adelante, lo inmensamente trágico del nombre de Tomochic, oscuro caserío perdido en las soledades de Chihuahua y casi desconocido hasta entonces?... Nadie, si alguien no lo escribía. De más de mil hombres [del ejército] no restaban ni cuatrocientos. ¡De más de cien tomochitecos hábiles para tomar las armas, no quedaba ni uno!... ¡Todos habían muerto heroicamente! Sobrevivían sólo del desventurado pueblo, ciento catorce mujeres y niños. Infinidad de cadáveres de éstos se habían hallado en los escombros humeantes de la iglesia y de algunas casas” (Frías, 2014: 2144-2171). Para un análisis minucioso de la importancia de la Santa de Cabora en el levantamiento de Tomochic, véase Vanderwood (2003); y para el importante significado que el movimiento tuvo para los grupos revolucionarios norteros, véanse Knight (1996), Katz (1998) y Dabove (2004).

habitantes de Tomochic primero se les estigmatizó como fuera del “mundo de lo razonable”. “El mal es lo que se ha prohibido entender socialmente y se mantiene entonces fuera de la barrera de lo moral” (Domínguez, 2015: 38-39). Es decir, primero hay violencia simbólica<sup>39</sup> y luego viene la violencia física (dos caras de las guerras civilizatorias), sin que se anule la primera. Es el uso de la barbarie –sobre algo que ha sido etiquetado de manera previa como bárbaro– en nombre de la civilización hegemónica.

#### LA BOLA: VIOLENCIA DE LA BARBARIE

*La bola*,<sup>40</sup> de Emilio Rabasa, escrita en 1887, se mueve abiertamente en una díada: la de la violencia que promueve a la civilización, que se hace “en forma revolucionaria y con ideales”, y la violencia que promueve la barbarie del pronunciamiento (la de la bola), bajas pasiones de los hombres y sus intereses egoístas desprovistos de todo ideal, es la que hace que el México bronco no deje de existir, horadando las instituciones. La raíz de la bola, se sostiene en la novela, está en la falta de integración nacional que genera enfrentamientos incesantes entre facciones en todas las escalas del poder, que conducen a la barbarie. Tejida desde el relato a nivel micro, el pueblo de San Martín de la Piedra, se muestra el modo en que se dan círculos viciosos de violencia e inmoralidad que se retroalimentan mutuamente. La bola es hija de los pueblos ignorantes donde se impone la ley del más fuerte (el cacique o caudillo en turno). Es una novela que sin duda es claro antecedente de *Los de Abajo*, de Mariano Azuela, *Pedro Paramo*, de Juan Rulfo o *La Muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes, entre otras que se han escrito sobre caciques y caudillos.

*La bola* nos aproxima al México de 1870-1885. En San Martín de la Piedra, el pueblo en el que se ubica la obra, Rabasa ya observa expresiones de la díada civilización/barbarie: “los de las Lomas [uno de los barrios] se creen más civilizados que los del barrio del Arroyo, aunque son más débiles, y de estas diferencias y vanidades nace una desavenencia entre los buenos moradores de San Martín, que ha estado varias veces a punto de producir una diablura cualquiera” (Rabasa, 2014: 345).

---

<sup>39</sup> Sobre la noción de violencia simbólica véase Bourdieu y Passeron (2001).

<sup>40</sup> Rabasa define a *La bola* como una violencia que degrada a las personas, a la sociedad y a la nación, que nos hunde en la barbarie y en la amoralidad. En cambio, la violencia de las revoluciones glorifica, promueve a la civilización y la emancipación de los pueblos, propicia su elevación moral.



La novela narra el conflicto entre dos barrios, que lleva a un juego faccional por el poder y produce la bola (violencia y bajas pasiones) como mecanismo para dirimirlo. Al primero lo encabeza Coderas –el recién nombrado jefe del distrito– y al segundo Cabezudo –un exmilitar y hombre fuerte de la región. El protagonista principal, Juan Quiñones (veinteañero y con estudios en leyes), navega entre ambos bandos, pero es proclive al segundo porque la sobrina (Remedios) de Cabezudo es su novia y porque el propio Cabezudo era cercano a su familia.

El conflicto estalló a raíz de un desaire que públicamente hizo Coderas a Cabezudo (a quien le arrebató la bandera en un acto cívico de las fiestas patrias del 16 de Septiembre). Quiñones se sumó a los planes de sublevación de Cabezudo. Y al irse dando los enfrentamientos armados señala: “Con pena declaro que esta conducta salvaje, y estos actos de ferocidad infame, me iban pareciendo menos horribles cada día. La bola me estaba haciendo el peor mal del que es capaz: disminuir la integridad y energía de mi juicio moral” (Rabasa, 2014: 1493). Poco a poco sentía que “lo malo predominaba en mí” y “las pasiones de la bola, inconscientemente me transformaba, nivelándose mi temperatura con la del aire que respiraba” (Rabasa, 2014: 1656). Todo ello escrito mucho antes de las observaciones de Le Bon (1895) y de Freud (1921) sobre la rebelión de las masas.

Quiñones agrega que los “hombres, con la edad, van perdiendo poco a poco tres cosas: los cabellos, la vista y la vergüenza. Creo que, a pesar de mis esfuerzos, no he podido sustraerme enteramente a los rigores de esta terrible ley” (Rabasa, 2014: 1812). Todo a raíz de observar el modo en que gente del bando perdedor (como el síndico) se las ingenia para traicionar a su bando y pasarse al que va ganando.

Quiñones contribuyó mucho al triunfo de su grupo, pero cuando alguien menciona eso públicamente delante de Cabezudo, éste se molesta con aquél y poco a poco se enfrían sus relaciones: le niega la mano de su sobrina y hace circular el rumor de que en realidad Quiñones lo traicionó. Cabezudo, ya triunfador, se reconcilia con sus enemigos, se reparten el poder y aplasta a quienes le hacen sombra. De esta manera, Rabasa da cuenta del modo en que se entrelazan barbarie, violencia y atraso en muchos de los pueblos mexicanos en los que en pleno porfiriato impera más la cultura caciquil que la del ciudadano virtuoso.

## CONCLUSIONES

Las novelas referidas muestran, entre otras cosas, que hay varias direcciones a las que parecen desplegarse los discursos y representaciones literarias de los vínculos entre civilización, barbarie y violencia. Primero, como se destaca con claridad en *Los bandidos*

de *Río Frío* y en *Calvario y Tabor*, un hilo central es la búsqueda de cómo ser modernos, civilizados y lograr la construcción de la identidad nacional y de instituciones sólidas, discurso que se construye en torno a la idea del mestizaje, sobre el que debería fincarse la mexicanidad (el nosotros frente a los demás). No es casual que los héroes de las novelas no sean criollos, ni indígenas, sino mestizos. Segundo, existe una representación ambivalente de la violencia. A veces, cuando los fines aparecen como loables, se tiende a justificar su empleo: construcción de la nación, lograr la integración nacional, afianzar al Estado, imponer el orden público (en especial, en Riva Palacio y Payno); alcanzar cierta utopía local (*Astucia y Tomochic*). En otras, aspecto en el que convergen en diferentes grados todas las novelas, salvo *Tomochic*, se condena el uso de la violencia, dado el posible carácter amoral o nocivo de los fines perseguidos por diferentes actores (bandidos, en especial los antisociales, rebeldes sin causa justificada, pronunciados, invasores). Tercero, con la excepción de *Astucia y Tomochic*, en las novelas se ficcionaliza que del campo viene la violencia, la bola y el bandolerismo, mientras que de las ciudades el orden, la educación y la civilización (aunque se admite que en periodos de desorden social también las urbes pueden caer en la barbarie). Cuarto, el Estado y la promoción de las buenas costumbres, rezan la mayoría de las novelas, pueden ser las palancas principales para lograr ser plenamente civilizados y alcanzar el progreso y la modernidad. Todos esos puntos están presentes con diferente intensidad en cada una de las novelas referidas.

Finalmente, en relación con varios temas de la tríada civilización, barbarie y violencia, también es posible encontrar fuertes resonancias de las experiencias que transmiten las novelas decimonónicas con las que hemos tenido en el siglo XX y lo que va del XXI: estrechos nexos culturales y de complicidad entre amplios sectores de la población y grupos delincuenciales en regiones donde predominan mercados de lo ilícito; un aire de familia entre las redes de corrupción estatales y delincuenciales encarnadas en figuras como Relumbrón y en las de ciertos personajes del crimen organizado de hoy. *Tomochic* no deja de recordarnos la naturaleza arrolladora y bárbara de las “guerras civilizatorias” del pasado con la manera en que se conducen varios actores del presente. Lo que es un claro indicador de que la civilización también suele ser, bajo ciertas condiciones, fuente de violencia (por ejemplo, empresas mineras o ciertos grupos impulsores de megaproyectos predatorios de comunidades y territorios). Finalmente, la violencia política e irracional expresada en *La bola* tiene grandes paralelismos con la que podemos encontrar en algunas de las grandes novelas del siglo XX y XXI que han tocado el tema (por ejemplo, en algunas obras de Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Juan Rulfo, Carlos Fuentes o Juan Villoro).

## REFERENCIAS

- Almada Bay, Ignacio y Norma de León Figueroa (2016). “Las gratificaciones por cabelleras. Una táctica del gobierno del estado de Sonora en el combate a los apaches, 1830-1880”, *Intersticios sociales*, (11), pp. 1-29.
- Altamirano, I.M. (2017). *La navidad en las montañas y El Zarco*. México: Penguin Random House/UNAM (*Kindle edition*).
- Amaro, A. (2013). “Del amor a la patria. Guillermo Prieto y su interpretación de la Historia”. Tesis de licenciatura en Historia. México: UNAM.
- Bahena, M. (2019). “Temas y aspectos comunes en la historiografía mexicana de la segunda mitad del siglo XIX”, *Revista Notas Históricas y Geográficas*, vol. 22, pp. 65-89.
- Barabas, A. (2010). “La construcción del indio como bárbaro: de la etnografía al indigenismo”, *Alteridades*, 10(19), pp. 9-20.
- Bourdieu, P. y Jean-Claude Passeron (2001). “Fundamentos de una teoría de la violencia simbólica”, en P. Bourdieu y Jean Claude Passeron, *La reproducción*. Libro 1. España: Editorial Popular, pp. 15-85.
- Bourdieu, P. y L. Wacquant (2008). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Brading, D.A. (2021). *Ensayos sobre el México contemporáneo*. México: Fondo de Cultura Económica (e-pub).
- Campobello, N. (2013). *Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte de México*. México: Era (*Kindle edition*).
- Chen, H. (2017). “Civilización” y “Barbarie” en dos mundos: estudio comparado a propósito de *Facundo de Sarmiento* y *Breve Historia de la Civilización de Li Boyuan*. Tesis de doctorado en lenguajes y manifestaciones artísticas y literarias. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid-Facultad de Filosofía y Letras.
- Dabove, J.P. (2004). “Tomochic de Heriberto Frías: violencia campesina, melancolía y genealogía fratricida de las naciones”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, núm. 60, pp. 351-373.
- Domínguez, Ch. (2019). *Historia mínima de la literatura mexicana del siglo XIX*. México: El Colegio de México.
- Domínguez, H. (2015). *Nación criminal. Narrativas del crimen organizado y el Estado mexicano*. México: Ariel.
- Elias, N. (1994). “Civilización y violencia”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 65, pp. 141-152.
- (1999). *Los alemanes*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- (2000). *The Civilizing Process. Sociogenetic and Psychogenetic Investigations*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Escalante, F. (1993). *Ciudadanos imaginarios*. México: El Colegio de México.
- Falcón, F. (2002). *México descalzo. Estrategias de sobrevivencia frente a la modernidad liberal*. México: Plaza y Janés.

- Florescano, E. (1997). *Etnia, Estado y Nación*. México: Aguilar.
- Fowler, W. (2009). “El pronunciamiento mexicano del siglo XIX: hacia una nueva tipología”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. 38, pp. 5-34.
- Freud, S. (2021). *Psicología de las masas*. s. l.: Grupo Anaya [1921 edición original].
- Frías, H. (2014). *Tomochic*. México: Siglo XXI Editores (*Kindle edition*).
- Galeana, P. (2022). *Benito Juárez. El hombre y el símbolo*. México: Fondo de Cultura Económica (*Kindle edition*).
- García, R. y C. González (2000). *Civilizar o exterminar: tarahumaras y apaches en Chihuahua, siglo XIX*. México: CIESAS.
- Godoy, P. (2012). “Cavilaciones y mortificaciones de un atribulado lector”, en C. García *et al.*, *Cinco miradas sobre la novela histórica*. s.l.: Titivillus: 2012 (*e-pub*), pp. 9-45.
- Guerra, F.X. (1991). *México: del antiguo régimen a la revolución*, vol. 1. México: Fondo de Cultura Económica.
- Guerrero, J. (1901). *La génesis del crimen en México. Estudio de psiquiatría social*. París: Imprenta de la Vda. de Ch. Bouret.
- Hamnett, B. (2010). “Imagen, identidad y moralidad en la escritura costumbrista mexicana, 1840-1900”, *Signos Históricos*, vol. 24, pp. 8-43.
- Hobsbawm, E. (2001). “¿Qué es el bandolerismo social?”, en E. Hobsbawm, *Bandidos*. Barcelona: Crítica, pp. 32-45.
- Inclán, L.G. (1865). *Astucia. El jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la Rama*. s.p.i. (*Kindle edition*).
- Katz, F. (1998). *Pancho Villa*, 2 tomos. México: Era.
- Knight, A. (1996). *La Revolución mexicana*, 2 vols. México: Grijalbo.
- (2014). “Guerra, violencia y homicidio en el México moderno”, *Revista Clivajes* (1), pp. 1-43.
- Lara, H. (2008). *Península, Península*. México: Alfaguara.
- Le Bon (1895). *Psicología de las masas*. s.l.: Editor digital Gatoyfelpudo (ePub).
- Mígdal, J. (2012). *Estados Débiles, Estados Fuertes*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Monsiváis, C. (2014). “Emilio Rabasa: la tradición del desengaño”, en E. Rabasa, *La bola*. México: Océano (*Kindle edition*), pp. 5-248.
- (2016). *Las herencias ocultas de la Reforma liberal del siglo XIX*. México: Penguin Random House (*Kindle edition*).
- Offe, C. (2007). “La ‘barbarie’ moderna, ¿un microestado de la naturaleza?”, *Papers: revista de sociología* (84), pp. 21-45.
- Pacheco, J.E. (2020). *Inventario. Antología*. México: Era (*Kindle edition*).
- Payno, M. (1891). *Los bandidos de Río Frío*. México: Editorial Barcelona (*Kindle edition*).
- Pons, M. (1999). “La novela histórica de fin del siglo XX: de inflexión literaria y gesto histórico, a retórica de consumo”, *Perfiles Latinoamericanos* (15): pp. 139-169.
- Rabasa, E. (2014). *La bola*. México: Océano (*Kindle edition*).
- Reed, N. (1971). *La guerra de castas de Yucatán*. México: Era.
- Riva Palacio, V. (2011). *Calvario y Tabor*, 2 tomos. Xalapa: Universidad Veracruzana.

- (dir.) (1884-1889). *México a través de los siglos*. 5 vols. Barcelona: Espasa y Compañía.
- *et al.* (1905). *El libro rojo*, tomo I. México: A. Pola Editor.
- Rubial, A. (2020). *El cristianismo en Nueva España. Catequesis, fiesta, milagros y represión*. México: Fondo de Cultura Económica/UNAM.
- Rus, J. (1995). “¿Guerra de castas según quién? Indios y ladinos en los sucesos de 1869”, en J. Viqueira y M. Ruz (coords.), *Chiapas: Los rumbos de otra historia*. México: UNAM-CIESAS-CEMCA-UAG, pp. 145-174.
- Salmones, H. (2018). “Calvario y Tabor”. *Enciclopedia de la literatura en México*. Fundación para las Letras Mexicanas <<http://www.elem.mx/obra/datos/10088>>, fecha de consulta: 23 de septiembre de 2022.
- Sofsky, W. (2004). *Tiempos de horror. Amok, violencia, guerra*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Sol, M. (2011). “Introducción”, en *Vicente Riva Palacio Calvario y Tabor*, 2 tomos. Xalapa: Universidad Veracruzana, pp. 13-72.
- Staples, A. (2013). “El siglo XIX”, en P. Escalante *et al.*, *Historia mínima de la vida cotidiana en México*. México: El Colegio de México, pp. 119-184.
- Torres, M. (2010). “El charro contrabandista: la figura del bandido social en Astucia de Luis G. Inclán”, *Signos Históricos* (24), pp. 44-63.
- Van Young, E. (2006). *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Vanderwood, P.J. (1986). *Desorden y progreso. Bandidos, policías y desarrollo mexicano*. México: — (2003). *Del púlpito a la trincheras: el levantamiento religioso de Tomochic*. México: Taurus.
- (1994). “Los bandidos de Manuel Payno”. *Historia Mexicana*, XLIV(I), pp. 107-139.
- Varese, F. (2010). “What is Organized Crime?”, en F. Varese (ed.), *Organized Crime: Critical Concepts in Criminology*, vol. I. Londres: Routledge, pp. 11-33.
- Viveros, L. (2017). “Altamirano: el maestro de la república de las letras”, en I.M. Altamirano, *La navidad en las montañas y El Zarco*. México: Penguin Random House/UNAM (*Kindle edition*), pp. 14-450.
- Zubiaurre, M. (2000). *El espacio en la novela realista: paisajes, miniaturas, perspectivas*. México: Fondo de Cultura Económica.







VICENTE GUZMÁN RÍOS | *Volatilidad 2*

Acuarela y digitalización sobre papel Fabriano